



María del Pilar Sinués

REINAS MÁRTIRES

Annotation

El pensamiento que me ha guiado al escribir este libro ha sido daros a conocer la vida de algunas de las mujeres que más han honrado nuestro sexo y las de aquellas que han adquirido por sus crímenes una fatal celebridad. Me hubiera bastado para esto haber entresacado de las biografías más o menos extensas que de ellas nos han dejado diferentes escritores algunos apuntes exactos e imparciales, pero estos apuntes tenían forzosamente que haber sido áridos y descarnados, porque la verdad desnuda es siempre severa. He preferido, pues, adornarla con las galas de la novela o leyenda; sin separarme un punto de la verdad histórica y de las biografías más autorizadas, os haré conocer también a los personajes que han acompañado a esas mujeres célebres en el trascurso de su vida.

Sinopsis

El pensamiento que me ha guiado al escribir este libro ha sido daros a conocer la vida de algunas de las mujeres que mÃ¡s han honrado nuestro sexo y las de aquellas que han adquirido por sus crÃ­menes una fatal celebridad. Me hubiera bastado para esto haber entresacado de las biografÃ­as mÃ¡s o menos extensas que de ellas nos han dejado diferentes escritores algunos apuntes exactos e imparciales, pero estos apuntes tenÃ­an forzosamente que haber sido áridos y descarnados, porque la verdad desnuda es siempre severa. He preferido, pues, adornarla con las galas de la novela o leyenda; sin separarme un punto de la verdad histÃ³rica y de las biografÃ­as mÃ¡s autorizadas, os harÃ© conocer tambiÃ©n a los personajes que han acompaÃ±ado a esas mujeres cÃ©lebres en el trascurso de su vida.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

Reinas mártires

©1877, Sinués, María del Pilar
ISBN: 9788415499237
Generado con: QualityEbook v0.85
Genero: Histórica, drama

PRÓLOGO

DOS PALABRAS A MIS LECTORAS

El pensamiento que me ha guiado al escribir esta *Galería*, ha sido daros a conocer la vida de las mujeres que más han honrado nuestro sexo, y las de aquellas que han adquirido por sus crímenes una fatal celebridad.

Me hubiera bastado para esto haber entresacado de las biografías más o menos extensas que de ellas nos han dejado diferentes escritores, algunos apuntes exactos e imparciales; pero estos apuntes tenían forzosamente que haber sido áridos y descarnados, porque la verdad desnuda es siempre severa.

He preferido, pues, adornarla con las galas de la novela o leyenda sin separarme un punto de la verdad histórica y de las biografías más autorizadas, os haré conocer también a los personajes que han acompañado a esas mujeres célebres en el trascurso de su vida brotarán en torno suyo al amor filial, el materno, el conyugal, la alegría, el placer, el dolor, el odio, la venganza y todos los sentimientos, que, llevados al extremo, se convierten en pasiones las cercarán la castidad, la resignación, la generosidad, la dulzura y todas las suaves virtudes que han embellecido los días de las personas a quienes han amado. Y finalmente, levantando la losa de su sepulcro y despojándolas del nevado cendal, o del fúnebre velo con que el tiempo las ha cubierto, tomaréis en ellas ejemplos de virtud y de fortaleza, a la vez que os inspirará horror el desenfreno de sus pasiones.

Larga será mi tarea, pues son muchas las mujeres que han alcanzado una celebridad inmensa y merecida, y no iría yo a reseñaros algunas para dejar a las otras en un injusto

olvido; además, mi deseo es que vuestras hijas no se vean en el caso en que muchas veces he visto a jóvenes de la mejor educación, en la apariencia.

No hace mucho tiempo que, hablando yo de la célebre Catalina de Rusia con un caballero en presencia de una bella joven de diez y ocho años, dijo ésta que tenía un vivo deseo de conocerla y habiendo preguntado a mi amigo que cómo podría lograrlo, éste, que es burlón y mordaz, le respondió que yendo a Roma.

El rubor cubrió mi semblante, y me afectó dolorosamente la ignorancia de aquella joven desde entonces formé el proyecto de empezar mi libro.

Así, pues, aunque mis biografías vayan envueltas en el agradable ropaje de la novela, no son menos exactas, ni menos ciertos los pormenores que en ellas os dé de las heroínas de que trate.

Ilustrar a la mujer es el anhelo que siempre ha guiado mi pluma; si además de esto consigo entretenerla agradablemente; si vosotras, pobres y tiernas madres, que habéis oído suspirar a vuestras hijas por un vestido de baile, veis que hoy le olvidan por mi *Galería de mujeres célebres*. Si vosotras, dulces y encantadoras jóvenes, olvidáis las perlas, las gasas y las flores, que los módicos recursos de vuestros padres no pueden alcanzaros; si en las largas veladas del invierno abris este libro en el hogar paterno, sobre la mesa de labor, y pasáis con él algunas horas de grato solaz, se habrán cumplido todos los votos que formé al escribirle.

Muchos, muchísimos han dicho que es una gran falta ambicionar lo que no puede alcanzarse; sobrados y rígidos censores tienen la vanidad y el lujo, que desgraciadamente dominan a la mujer. Pero ¿quién se ha cuidado hasta ahora de instruirla deleitándola? ¿Quién le ha dado libros tan amenos, que sean, a la vez que el pasto de su corazón y de su inteligencia, un recurso contra el tedio, libros por los cuales deje sin pena el sarao que le ocasiona gastos cuantiosos, libros que hagan amables el deber y la virtud?

Venid, pues, bellas y encantadoras jóvenes, esposas que estáis aún en la primavera de la vida, madres ancianas y respetables; venid, todas las nobles criaturas que pertenecéis a la clase media, que tenéis privaciones sin cuento, por la falta de medios, y por la excelencia y delicadeza de vuestros instintos. Venid a mi galería de preladas, de guerreras, de poetisas, de santas, de artistas, de reinas, de admirables madres, de heroicas esposas, y de ejemplares hijas. Busque cada una en ella la heroína a quien ame o por quien se interese. Busque cada una el modelo que le convenga, la virtud que admire, la cualidad que prefiera. Todo lo encontrareis en ella; belleza, talento, gracia, heroísmo, sabiduría, santidad, grandeza, virtud y ternura y a través de esos dones del cielo, las tristes debilidades, azote de la existencia humana y los abrojos que en todos los caminos de la vida hieren las plantas de la mujer.

Ardua es mi tarea, más espero que su variedad y el interés, de que procuraré rodearla, os la harán agradable. Y en cuanto a mí, si alcanzo a distraeros y a instruiros, puedo aseguraros que me serán dulces mis desvelos, y mi trabajo grato.

LA AUTORA

CATALINA DE ARAGON

INFANTA DE CASTILLA Y REINA DE INGLATERRA

Porque el amor es cómo un árbol. Crece por si solo; hunde profundamente sus raíces en todo nuestro ser, y muchas veces sobrevive verde y lozano, en un corazón hecho ruinas.

Y es lo más inexplicable que la pasión es tanto más tenaz, cuanto es más ciega, y nunca es más sólida que cuando no tiene razón en sí.

Víctor Hugo. Nuestra Señora de París.



Londres estaba ya envuelto en el oscuro manto del invierno. Las nieblas del Támesis, se levantaban espesas y frías sobre la gran ciudad. Era el día 8 de Noviembre de 1501 y todas las campanas de las iglesias tocaban a vuelo atronando el aire con sus lenguas de bronce.

El pueblo vestido de fiesta, se agolpaba a las puertas de la antigua y sombría abadía de Westminster, en la cual tenía lugar una augusta e importante ceremonia.

El príncipe Arturo de Gales, primogénito del rey Enrique VII de Inglaterra, se casaba con la infanta de Castilla, Catalina de Aragón, la hija más joven de los reyes Católicos, Fernando V e Isabel.

La infanta Catalina había llegado el día anterior a Londres, acompañada de una lúcida corte de caballeros castellanos y aragoneses, y del confesor de la reina su madre, el venerable fray Hernando de Talavera; habiéndoseles reunido en Douvres otro acompañamiento, no menos numeroso y brillante, de la nobleza inglesa.

Catalina, cuyo carácter era grave y reposado, no se asustó ante el aspecto frío de los caballeros británicos, a pesar de estar criada entre las galantes atenciones de los caballeros que componían la corte de sus padres.

Echó pie a tierra desde su blanco palafrén sin admitir la ayuda de nadie, y dio su mano a besar a todas las personas que componían el cortejo enviado por el rey de Inglaterra.

Acabado el acto dijo con voz dulce, pero reposada y segura, y en excelente inglés:

—He tenido un placer, señores, en ver en vosotros tan noble muestra de los caballeros que componen la corte de

S. M. el rey de Inglaterra, a quien tan pronto voy a tener la dicha de llamar mi padre.

Los caballeros ingleses se miraron aturcidos. No podían comprender cómo una joven, que apenas contaba diez y seis años, tenía tal fortaleza, tal dignidad, y hablaba tan admirablemente un idioma que no era el suyo.

Pero la infanta no reparó, o no quiso reparar, en el efecto que había producido su corto razonamiento. Se cubrió el rostro con el velo, y entró en la falúa real, que ostentaba los colores de Inglaterra, Castilla y Aragón, reunidos.

Nada más habló ya, hasta llegar al palacio del rey de Inglaterra. Este, acompañado de sus dos hijos, Arturo y Enrique, la esperaba en lo alto de la gran escalera de mármol, que la infanta subió con paso ligero y apoyándose en el brazo de fray Hernando de Talavera.

Arturo, príncipe de Gales, tenía quince años de edad, y su excesiva delgadez y su aspecto enfermizo, no menos que su color amarillento, impresionaron desagradablemente a la infanta Catalina.

Enrique, el menor, contaba sólo doce años; era más alto que su hermano, robusto, de cabellos y ojos negros, y color agradable.

A pesar de su corta edad, fijó en su futura hermana una ávida mirada en tanto que el príncipe de Gales, atento sólo al continuo y doloroso malestar que experimentaba, apenas le hizo un atento saludo.

—Bienvenida seáis, querida hija mía, a la casa de vuestro esposo —dijo Enrique VII, a quien el rico dote de Catalina tenía en extremo contento—. Príncipe, salud a vuestra prometida.

A la voz severa de su padre, Arturo se volvió y se acercó cojeando a Catalina.

Entonces en los labios de todos los cortesanos se pintó una sonrisa, nada halagüeña, por cierto, para el amor propio de Arturo.

El príncipe llegaba apenas al hombro de su prometida. Y era tal su estado de inercia y de doliente abandono, que a pesar de las órdenes de su padre, no halló ni una sola palabra que decirle.

La familia real, de la cual ya formaba parte la hija de los reyes Católicos, entró, por fin, por la puerta principal, y la muchedumbre, que había asistido al recibimiento de la princesa, se fue alejando poco a poco.

II

Al día siguiente, las honradas gentes del pueblo se agrupaban, como ya he dicho, a las puertas de la abadía de Westminster.

—¿Visteis ayer a la princesa castellana? —preguntaba un joven mercader a dos mujeres que hablaban muy cerca de la puerta de la abadía.

—Sí —respondió una de ellas.

—Pues yo no; mi mujer estaba de parto, y no pude salir; ¿qué tal es?

—Muy alta para su edad. Gruesa y bastante hermosa.

—Me parece que no debe ser muy amable —añadió la otra mujer. Al menos su cara es muy seria.

—¡Bah! ¡Cómo no conoce! ¡Y al fin la pobrecita es una niña!

—¡Es verdad! Acaba de cumplir diez y seis años.

—¡Ya salen! —exclamó el joven mirando hacia adentro.

—Sí, ahora empezarán a moverse, pero aún tardarán en salir.

—Decidme, milord, ¿conservará la princesa de Gales su servidumbre española? —preguntó a este tiempo un caballero que se hallaba en el atrio del templo a otro noble anciano, que pasaba llevando del brazo a una hermosa joven, blanca y de tez nevada.

—¡Qué disparate! —respondió el interpelado. La servidumbre se marchará al salir del templo.

—Luego ¿queda completamente la princesa Catalina bajo la dirección y dependencia de S. M. el rey de Inglaterra?

—Completamente. Según el convenio celebrado entre el rey Enrique VII y los reyes católicos, la princesa debe ter-

minar su educación en Inglaterra, hasta que llegue la época de la consumación de su matrimonio.

—¡Que no llegará!

—¿Qué decís?

—¿No veis cómo está el príncipe Arturo? Cada día que pasa es un paso gigantesco hacia su sepulcro.

—Es verdad. Y no sé por qué ha sido ajustado este casamiento.

—Yo os lo diré. La infanta castellana ha aportado doscientos mil ducados de dote.

—¡Qué riqueza!

—Amigo mío, los moros la han pagado. La reina Isabel ha llenado sus arcas con los despojos de los hijos de Ismael arrojados a los desiertos.

—Pero si el príncipe Arturo muere, como casi es seguro, el rey de Inglaterra, tendrá que devolver la viuda y el dote. Entonces la princesa, por derechos de viudedad, entrará en posesión de la tercera parte de las rentas del principado de Gales y del ducado de Cornualles.

—¡Ah! —Repuso el anciano caballero—. Nuestro rey es muy político y bastante avaro, para que deje que suceda nada de eso.

—Más, ¿cómo podrá evitarlo?

—No lo sé. Pero estad seguro, milord, de que no sucederá.

—¡Padre mío, milord! —Exclamó la bella joven que se apoyaba en el brazo del anciano— ¿ahora está desposándose la princesa, y ya estáis vaticinando muertes? ¡Si ella os oyera, se asustaría!

—Me parece que no, hija mía. Creo que no ha de ser la timidez su defecto capital.

—Yo apenas la vi ayer desde mi carruaje —observó la joven— ¡pasaba tan deprisa su litera!... y luego como era casi al anochecer...

—Pues abre bien tus hermosos ojos, hija mía —repuso el anciano, porque viene aquí.

En efecto. No bien había el anciano pronunciado estas palabras, se abrieron las puertas de la abadía, y la regia comitiva empezó a desfilar.

Pasaron primero seis ujieres abriendo paso, porque la multitud se apiñaba ávida de contemplar a los herederos de la corona.

Luego el clero con cirios encendidos, después los obispos y dignatarios de la Iglesia.

Seguían los caballeros de las órdenes nobles y los dignatarios del Estado.

Enseguida marchaban los caballeros de la Jarretiera, esa orden tan noble, que el número de los que podían usarla no llegaba a veinte, y que entonces estaba muy recientemente instituida.

Detrás de éstos, iba el príncipe Enrique, duque de York, entre los obispos de Warham y de Rochester. La cola de su manto, de terciopelo azul forrado de armiños, la sostenía el duque de Sussex, anciano venerable, a cuyo hombro no llegaba la cabeza infantil de Enrique.

Inmediatamente seguían los desposados, Arturo y Catalina, príncipes de Gales y herederos del trono.

La princesa aparentaba sólo sus diez y seis años no cumplidos todavía, gracias a la regularidad, algo monótona, y enteramente destituida de viveza de sus facciones.

A no ser por aquella cualidad, que ciertamente no era un encanto, su alta y corpulenta estatura la hubiera hecho aparentar veinticinco.

Por lo demás era hermosa, sin que nadie pudiera negarle con justicia esta ventaja.

Era blanca, con rasgados ojos pardos, como los de su madre, si bien más melancólicos. Sus cabellos castaños eran largos y sedosos. Su boca sonrosada tenía una noble expresión de firmeza por su corte arqueado, por la finura de sus labios poco carnosos, y por un pliegue formado, harto prematuramente, en cada uno de sus ángulos. Su na-